

Donde deben estar las catedrales: un lenguaje de los lugares y las cosas.

Tomás Bernal Alanís ♦

*Así, cuando parece que nunca va a llegar
la hora de despertar de un largo sueño
cargado de dolor, de pronto nos desvela
un ruido de cadenas que se rompen
y sonreímos rodos y decimos
que volvemos a ser nosotros mismos.*

Rudyard Kipling

I

Obertura

Entrar al mundo literario de un escritor es acceder a las entrañas de su creación. La historia está repleta de mundos literarios donde la ficción y la realidad juegan a través del lenguaje y las letras para dar a conocer un mundo sui generis –que es el espíritu real del escritor- que se debate entre la creación literaria y la imaginación.

Y por ello tenemos tantos mundos literarios como grandes escritores que por medio de su obra literaria construyen y dan vida a ese universo que les dará la entrada al olimpo de los dioses de las letras, o llamado modernamente, la República de las letras. Muy pocos entran a ella, pero al entrar se immortalizan con una obra, o en el mejor de los casos, su producción literaria alcanza las dimensiones de lo mítico y universal.

Esta dimensión se encuentra en aquellos “paraísos literarios” que se quedan grabados tanto en las historias de la literatura como en un espacio más reducido en la memoria de los lectores, y así tenemos mundos imaginarios que han alcanzado un estatus de realidad. Mencionemos algunos de estos universos literarios: *Macondo* de Gabriel García Márquez, *Comala* de Juan Rulfo, el *Condado de Yoknapatawpha* de William Faulkner, entre otros, a este tipo pertenece el mundo de *Tepetongo* de Severino Salazar.

♦ Profesor-Investigador del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco

Las obras del escritor zacatecano Severino Salazar (1947-2005), se desenvuelven en este su universo íntimo de un pueblo en el centro norte del país donde los vientos soplan para desenterrar el pasado y donde los hombres están apegados a su tierra y a su historia. Su mundo es una delicia para el lector que se acerca por primera vez a su obra y que esta arranca sin duda con su novela *Donde deben de estar las catedrales* (1984), una verdadera sinfonía de imágenes imborrables de su pueblo y de sus gentes. Vayamos acercándonos a ese mundo singular que es la epopeya literaria del escritor Severino Salazar.

II

Severino Salazar y su mundo

Severino Salazar nació en el pueblo de Tepetongo, Zacatecas en 1947 y murió en la ciudad de México en 2005. Como muchos pobladores de provincia se desplazó a la ciudad de México para estudiar y buscar nuevos horizontes. Sus intereses se centraron en la academia y en el difícil arte de la escritura.

Sus voces literarias se vieron impregnadas de la herencia de la novelística revolucionaria y de ese otro actor de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX: la novela urbana. Los paisajes como la misma historia tenían movimiento, pero para Severino Salazar la provincia se mantuvo en su memoria como un asunto de vida y creación literaria.

Los dos mundos fueron habitados y descritos por la pluma de Severino Salazar, pero el primero impregnó sus mayores logros en la literatura de corte regional, si se quiere, de ese espíritu provinciano que hizo de la pluma del escritor uno de los mayores exponentes de esta vertiente de las letras nacionales en el último cuarto del siglo XX, junto a otros escritores importantes en dicho movimiento generacional: Jesús Gardea, Ricardo Elizondo y Elizondo, Daniel Sada, Gerardo Cornejo, por sólo mencionar a los más relevantes.

El mismo autor vislumbró estos cambios de paisaje como una evolución natural e indefendible ante la historia humana, donde los cambios aparecían como aquella sentencia del escritor portugués Antonio Lobo Antunes “el orden natural de las cosas”. La evolución como progreso se expresó en la modernidad como una fuerza incontenible que transformaba los paisajes humanos en su desarrollo y convivencia cotidiana.

Es ese mundo interno que repercute en la apreciación del mundo externo, como lo expresó Severino Salazar, con un dejo de nostalgia por ese mundo que se iba transformando y perdiendo por los avances de la modernidad:

El espacio externo tiene su correspondencia con el espacio interno del hombre. Los cabalistas dicen que lo que es adentro es afuera y viceversa. El hombre internaliza su espacio y el espacio también se apodera del hombre.¹

El escritor Severino Salazar leyó en el acontecer de los días de su pueblo el trastocamiento paulatino, casi imperceptible, entre un mundo que no acababa de nacer y otro que no concluía. En este diapasón de la vida diaria donde los lugares y las cosas se mantenían en constante movimiento entre el ayer y el mañana, encontró el escritor el espacio específico para escribir sobre la vida y la realidad que aparecían ante sus ojos llenos de asombro y de una sabiduría que sólo da una existencia plena de emociones y experiencias expresadas por el arte de la buena escritura.

Sus obras son un caudal de experiencias de un hombre que lee la escritura de los tiempos, con unos ojos generosos y con una precisión milimétrica para construir una arquitectura visual que deslumbra por el oficio del buen artesano en el arte del buen decir y del buen escribir.

Herederero de un mundo agónico –al mejor estilo del escritor norteamericano William Faulkner, Premio Nobel de Literatura en 1949- Severino Salazar descubrió ese mundo agónico de la provincia mexicana al observar y vivirlo tanto en la vida como en la experiencia de la lectura de grandes maestros de la literatura mexicana que ese mundo estaba desapareciendo. Fue lector sagaz de Juan Rulfo, Agustín Yáñez,

¹ Salazar, Severino. “La provincia mexicana como nuevo espacio literario” en *Ensayos y artículos reunidos* Vol. IV. México, Juan Pablos Editor, 2013. pp. 43

Mauricio Magdaleno, José Rubén Romero, entre otros, que le mostraron la agonía del campo mexicano.

El percibió desde la distancia esta separación del mundo provinciano y bucólico frente al mundo urbano y demoledor, que mostraban diferencias sustanciales en el espacio de la cultura y sus expresiones correspondientes, al asentarlo así en un artículo lleno de dudas, reconocimientos y propuestas:

Me di cuenta que la geografía, el lugar de origen, implicaba una forma de ver el mundo. Que implicaba una cosmovisión. Qué uno nacía marcado por el pedazo de tierra donde había caído al mundo, donde había vivido sus primeros años. Que en ese lugar estaba su cultura, toda su tradición; el lugar era la lente desde donde se observa la vida.²

Con una mirada particular el escritor desarrollo una observación aguda y compleja sobre su mundo, su infancia, sus amistades, sus lecturas, como un universo en constante construcción. En los diversos géneros literarios que se internó su propuesta es analizar y describir esos pequeños mundos de lugares y cosas que colman y dan plenitud a una existencia de vida.

Su periplo intelectual y escritural reflejan esa permanente preocupación por dejar una prueba, un indicio, o una simple idea sugerente de esos cambios en la vida que para muchos no son perceptibles, y mucho menos, leídos en el horizonte del tiempo y el espacio.

Su obra arquitectónica en la escritura inicia con la novela: *Donde deben de estar las catedrales* (1984), *El mundo es un lugar extraño* (1989), *Desiertos intactos* (1990), *La arquera loca* (1992), *Tres noveletas de amor imposible* (1998), *¡Pájaro vuelve a tu jaula!* (2001), *La locura de las flores* (2003) y *Paisajes imposibles* (inédito, 2013); cuentos: *Las aguas derramadas* (1986), *Llorar frente al espejo* (1990), *Cuentos de navidad* (1997), *Mecanismos de luz y otras iluminaciones* (2004) y *Cuentos de Tepetongo* (2001); y Ensayo: *Ensayos y artículos reunidos* (2013).

Con un poco más de una docena de obras Severino Salazar puede ser tomado en cuenta para que su nombre aparezca en la “República de las letras”, como un

² Salazar, Severino. “Mi proyecto literario: la provincia, lo rural” en *Op.cit.* p. 323

representante digno de esa agonía de la provincia mexicana. Donde él es cronista de esos cambios finiseculares del siglo XX, donde se reacomodan las piezas de las letras y los aconteceres de la vida nacional.

Es una necesidad vital que siente el escritor y que necesita plasmar en papel para ir encadenando sus pensamientos en un cuerpo más grande, más orgánico llamado libro. Ahí muchas veces es el germen de una obra, de toda una obra o de toda una vida. Es el papel del escritor el descubrir su mundo que no ésta más allá de su tierra y su gente como lo apuntó la escritora sudafricana Nadine Gordimer :

En mi deseo de escribir, en la escritura que ya practicaba a pesar de mis conocimientos harto limitados de la gente y del país donde vivía, yacían los medios necesarios para encontrar que era mi verdad, con lo que podía fusionarme, cómo podría lograr convertirme en mi propio Primer Hombre, mujer-hombre, ser humano.³

Esta búsqueda de todo escritor es el “paso de rito” imprescindible para crear, para dejar un escrito, que tal vez, trascienda su espacio para convertirse en una pieza más del rompecabezas de las letras. Este cometido o desafío lo logró Severino Salazar con su primera novela *Donde deben de estar las catedrales*, ganadora del premio Juan Rulfo para primera novela en 1984, auspiciado por el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Con esta novela Severino Salazar logró que el centralismo literario pusiera más atención a lo que pasaba en la provincia mexicana y sus escritores. El tiempo de desprecio y abandono fue cambiando por una mirada recelosa al principio, y al final, por una sonrisa de aceptación y complicidad. Es el uso del tiempo –materia prima de cualquier novela- la que da vida y movimiento a *Donde deben de estar las catedrales*, como en algún momento sugirió Salvador Elizondo:

Qué duda cabe de que el tiempo es la dimensión más amplia por la que discurre la narrativa mexicana. Los ejemplos que podrían sacarse de la posterior a la de los autores son tal vez más abundantes y más complejos. Lo cierto es que si el tiempo no es la sustancia de una literatura sí es la más aguda de sus obsesiones.⁴

La novela de Severino Salazar se encuentra en esta tesitura de ser una obra de la memoria, de la reconstrucción de la historia de un pueblo y de un pasado que tiene

³ Gordimer, Nadine. *Escribir y ser*. Barcelona, Ediciones Península. p. 136

⁴ Elizondo, Salvador. *Contextos*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001 p. 183.

significado para las gentes que no conocieron directamente los hechos pero que gracias a la magia de las palabras y los recuerdos del mundo de ayer es parte del mundo de hoy.

Y como nos lo recuerda el gran escritor y poeta polaco Zbigniew Herbert:

Es sensato empezar a visitar un país, no por las capitales o las ciudades marcadas “con tres estrellas” en la guía, sino precisamente por una provincia apartada, descuidada, abandonada por la historia.⁵

III

Los lugares y las cosas

Paradójicamente ese abandono del que nos habla Zbigniew Herbert es la puerta de entrada para conocer y acercarse al mundo literario de Severino Salazar: Tepetongo. Con esta novela el autor pone el nombre de Zacatecas en las letras mexicanas de finales del siglo XX y crea el universo de Tepetongo entre las más admirables ficciones literarias de fin de siglo.

Novela de evocación, de regreso al terruño, a ese espacio geográfico y mental que no ha desaparecido totalmente del imaginario memorístico del autor por reconstruir un hecho del pasado. Entre el paso del tiempo y los hechos, el arquitecto regresa a su Ítaca para recordar:

Porque estoy dispuesto a emprender un viaje a través de las callejuelas y valles que rodean ese pueblo para rescatar toda una historia que aconteció hace como veinticinco años. Y tienen que hablar los lugares y las cosas, pues la mayoría de las personas de esa época ya se fueron.⁶

Es una novela que nos transporta por los lugares y las cosas con una perplejidad de asombro ante la naturaleza, ante lo que encontramos a cada paso, esos instantes de vida que pasan desapercibidos para la mayoría de la gente, que sólo son tratados por esos seres que tienen una mirada, un olfato y un oído muy alertas para decodificar los misterios de la naturaleza.

⁵ Herbert, Zbigniew. *Naturaleza muerta con brida. Ensayos y apócrifos*. Barcelona, Acantilado, 2008. p. 12

⁶ Salazar, Severino. *Donde deben estar las catedrales*. México. Instituto Nacional de Bellas Artes/Katún, 1984. p. 12

Esa vocación del escritor como un descifrador de la vida, de eso que lo rodea y le da significado a su existencia. Estas sensaciones las vertió en un texto hermoso e inteligente Maurice Maeterlinck *La inteligencia de las flores* (1907):

Y esas verdades así descubiertas tenían la suerte de caer en un pensamiento que sabía comprender lo que ellas no pueden decir sino con palabras embozadas, interpretar lo que ellas tienen que callar, y comprender al mismo tiempo la trémula belleza, casi invisible para la mayor parte de los hombres, que resplandece un instante en torno de todo lo que existe, y sobre todo en torno de lo que aún permanece muy cerca de la naturaleza y sale apenas del santuario de los orígenes.⁷

Evocaciones permanentes que hace el escritor en su obra sobre la presencia imperecedera de la naturaleza y el paisaje en la vida de los hombres:

El aire huele a tierra abierta, a tierra que se hincha, a tierra que va a reventar en verdor y a semillas en germinación. Es la época en que uno levanta una piedra y hay humedad y muchos insectos de todas clases viviendo en armonía. Así era el cielo, la tierra y el viento –pues el fuego lo traían muy escondido en el alma los hombres- al acercarse aquel verano.⁸

Donde deben de estar las catedrales es un canto panteísta a la naturaleza, a los paisajes, a la vida del hombre en contacto con la creación divina. Es un homenaje a la observación detallada e inteligente de lo que nos rodea y es parte constitutiva de nuestra vida y nuestras acciones.

El escritor Severino Salazar era un artesano para crear imágenes. Imágenes que impactarán al lector y le dejarán un dulce sabor de boca, de esas que uno recuerda con facilidad y traen rápidamente a la memoria el imperativo de conectar cosas con lugares, con esa facilidad que da el conocimiento y el sentido de la vida, de la cual, nuestro autor fue un permanente observador de ella y de la naturaleza.

Su mirada aviesa, escrutadora, atenta a los mínimos cambios imperceptibles de los ciclos naturales, que hacen de Severino Salazar un observador de los más insignificantes expresiones de la naturaleza en el paisaje, y por lo tanto, en la vida de los hombres. Demos algunos ejemplos:

El mundo es misterioso como una cebolla enorme. Cada experiencia que vivimos es como si le arrancáramos una capa a esa cebolla y cada experiencia o vivencia nos da un conocimiento. A

⁷ Maeterlinck, Maurice. *La inteligencia de las flores*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones, 1985. p. 100

⁸ Salazar, Severino. Op. Cit. p. 17

medida que vamos atravesando capas, arrancando capas, es como si nos acercáramos más al conocimiento de la realidad. Cada capa que atravesamos o arrancamos nos acerca más al centro. Cada vez nos queda menos por conocer en nuestra propia cebolla en nuestra cebolla personal... la realidad la vamos conociendo por capas.⁹

También percibe el cambio en el mundo, por un acontecimiento como es la muerte de alguien y el paisaje que sigue a esa pérdida:

Y después del entierro, cuando regresó del camposanto y entró al zaguán de su casa, sintió que el mundo se había transformado, que ya no era ni sería igual de ahora en adelante: algo había cambiado en el color de la luz, en lo denso del aire, algo en la textura de las cosas, en la posición de los lugares, en lo extraño que se volvían todos los objetos.¹⁰

Son esos “territorios interiores” a los que se refiere el escritor francés Yves Bonnefoy, donde se percibe por medio de la imaginación otro mundo. Un mundo donde un instante –recuérdese las epifanías joyceanas- como un momento fugaz de experimentar algo sublime, algo que encierras en ese instante de vida que le da existencia y un valor imperecedero:

Amo la tierra, lo que veo me colma, y en ocasiones llego a creer que la línea pura de las cimas, la majestuosidad de los árboles, la vivacidad del movimiento del agua en el fondo del cauce, la gracia de la fachada de una iglesia, porque intensas, en ciertas regiones, a ciertas horas, sólo pueden haber sido deseadas, y para nuestro bien. Esta armonía tiene un sentido, estos paisajes y estas especies son, inmóviles, quizá encantados, una palabra, y basta sólo con mirar y escuchar con fuerza para que el absoluto se declare, al término de nuestro error. Aquí, en esta promesa, está el lugar.¹¹

Bien pudiera servir como un epitafio a la obra *Donde deben estar las catedrales*, con ese lenguaje geométrico lleno de lugares y de cosas, de ese sentido que le buscó el autor para llenar una experiencia, un recuerdo, lleno de plenitud, en esa lucha incesante del hombre con las obras y las representaciones simbólicas de lo arquitectónico y la búsqueda de lo absoluto.

De esa búsqueda que establece una comunicación entre el hombre y su obra, entre los lugares y las cosas, como medios de expresión y conocimiento de la realidad y su representación. De ese azoro ante lo majestuoso, ante lo que avasalla la condición del hombre, de ese arbitrio fuera de la voluntad de la condición humana, que deja al hombre perplejo ante una naturaleza sabia y compleja.

⁹ Salazar, Severino. *Ibidem*. pp.23-24

¹⁰ Salazar, Severino. *Ibidem*. p. 65

¹¹ Bonnefoy, Yves. *El territorio interior*. México, Sexto Piso, 2013. p. 9

El mundo literario de Severino Salazar se aboca a buscar esas fuentes de experiencia y de vida que le permitan acercarse a la realidad, de saborear con un gozo panteísta ese mundo lleno de imágenes, de misterios, de caminos encontrados, de reencontrarse con el dios Pan, con esa naturaleza maestra de la vida, de ese sentido pedagógico del ser salvaje que se asombra ante lo que ven sus ojos.

Es ese mundo provinciano donde el lenguaje se convierte en un invitado más a ese festín de la palabra, de ese develar paisajes y geografías de los lugares y las cosas. De ese mundo imaginario, inagotable donde los que relatan la historia hacen uso de la palabra y la significación. Es lo que alguna vez dijo Alberto Paredes ante una obra que iba naciendo y consolidándose en la república de las letras mexicanas:

Es la escritura diáfana y las historias sugestivas. Los acontecimientos y personajes se desarrollan con todo el tiempo necesario sin ocultamientos graves ni elipsis fundamentales hacia el lector. Sus narradores se mueven en el registro de plática literaria –no sermón ni análisis ni taquigrafía- ; con frecuencia los personajes participan en la narración, lo que no tiene por objetivo especial dar un punto de vista inusitado o una subjetividad inalterada sino, tan solo, reforzar la instancia coloquial. Es la conversación sabrosa, menuda de la provincia, modelada por un paciente escritor¹².

Estos son los auténticos murmullos de la provincia mexicana, sólo algunos grandes maestros de las letras mexicanas los han alcanzado: Juan Rulfo, Agustín Yáñez, Mauricio Magdaleno, Mariano Azuela, entre otros.

La autenticidad en el uso del lenguaje de un autor es aquel que no se recubre de falsos artificios ni de una grandilocuencia que rebase la exacta dimensión de un pueblo y su cultura, sino aquel que trasluce en sus historias aquel amor entrañable al terruño, a la patria, como alguna vez nos recordara el historiador Luis González y González, también artífice del canto de nuestra provincia.

Donde deben de estar las catedrales es un canto a esa función de los lugares y las cosas, de ese espacio y tiempo que determina los aconteceres de ayer, hoy y mañana. Es el tiempo de esa música invisible que envuelve el canto de los amaneceres y los atardeceres, de ese flujo constante del amor y del desamor, de ese coqueteo incesante entre el instante y la eternidad, de lo que se va y de lo que se queda.

¹² Paredes, Alberto. *Figuras de la letra*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990. p. 160

Como lo ha expresado el escritor italiano Claudio Magris en su portentoso libro *Microcosmos*:

Tal vez también escribir sea cubrir, una sabia mano de barniz dada a la propia vida, hasta que parezca noble gracias a sus errores puestos hábilmente a la vista mientras se finge ocultarlos, con un tono de sincera autoacusación que los hace magnánimos, mientras la porquería permanece debajo.¹³

La escritura es un acto de acusación, de no pertenecer a este mundo, de violarlo con el simple hecho de escribir. Hay algo de esto en la obra de Severino Salazar, pero esa es otra historia que requiere otro tiempo y otro espacio.

IV

Finis Operis

Parece el final, pero sólo es el inicio por recuperar la obra literaria del escritor zacatecano Severino Salazar. Sus personajes –al igual que él- deambulan por las geografías de su tierra natal. Con la imaginación y con la pluma Severino Salazar propuso un mundo. Un mundo literario llamado Tepetongo, que rebaso con el tiempo las estrechas fronteras de la provincia mexicana.

Al igual que el autor, sus obras han vagado por los estrechos caminos del canon de las letras. Los restos de Severino Salazar reposan en la rotonda de los literatos ilustres tanto de Zacatecas como de México.

La voz de la provincia mexicana encontró en la novela *Donde deben de estar las catedrales* (1984), una voz propia para entablar un diálogo de igual a igual con otras literaturas del país. Las grandes obras no necesitan bombos y platillos, ellas solas se convierten en un festín al paladar de los lectores.

Donde deben de estar las catedrales es una sinfonía de voces, de posibles lecturas, un festín para historiadores y hermeneutas, que encuentran en ella un palimpsesto de potenciales interpretaciones. Es una gran novela sobre la provincia: con voz propia,

¹³ Magris, Claudio. *Microcosmos*. Barcelona, Anagrama. 1999. p. 40

donde los simbolismos de la vida y la naturaleza obedecen a la erudición del autor por retratar con autenticidad un mundo muchas veces ninguneado o negado por la gran literatura de la matría central.

Severino Salazar encontró el eco del habla provinciana, hiló con oficio una historia del pasado y del presente, reflexionó sobre el sentido de la vida, pero sobre todo, nunca se olvidó de sus orígenes y de sus gentes. Sus raíces nunca fueron desplazadas de su pensamiento y esta novela lo muestra con creces: los lugares y las cosas son parte fundamental de ese reino imaginario que es Tepetongo, que por derecho propio entró a los mundos imaginarios que hacen las delicias de los lectores que se acercan a ellos y nunca más los olvidan.

Bibliografía

Bonnefoy, Ives. *El territorio interior*. México, Sexto Piso, 2013.

Caraco, Alberto. *Post Mortem*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006.

Elizondo, Salvador. *Contextos*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Gordimer, Nadine. *Escribir y ser*. Barcelona, Ediciones Península, 1997.

Herbert, Zbigniew. *Naturaleza muerta con brida Ensayos y apócrifos*. Barcelona, Acantilado, 2008.

Maeterlinck, Maurice. *La inteligencia de las flores*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones, 1985.

Magris, Claudio. *Microcosmos*. Barcelona, Anagrama, 1999.

Paredes, Alberto. *Figuras de la letra*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona, Anagrama, 2001.

Salazar, Severino. *Donde deben de estar las catedrales*. México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Katún, 1984.

Salazar, Severino. *Ensayos y artículos reunidos*. V. IV. México, Juan Pablos Editor, 2013.

Sudjic, Deyan. *El lenguaje de las cosas*. Madrid, Turner, 2009.

Tournier, Michel. *El espejo de las ideas*. Barcelona, Acantilado, 2000.